

LOS GRANDES RETOS ECONÓMICOS ANTE EL NUEVO SIGLO

Rafael Martínez Cortiña

Universidad Complutense de Madrid

Análisis desde un punto de vista estructural del proceso de desarrollo/subdesarrollo con el planteamiento de dos grandes interrogantes: ¿puede la raza humana estar orgullosa de la situación presente y de las perspectivas que se vislumbran para el próximo siglo?, y ¿es adecuada y correcta la orientación seguida y los principios aplicados por la Ciencia Económica más vigente?. La respuesta a estos dos grandes interrogantes, dirigida fundamentalmente al colectivo de la SEM, no es halagüeña, por lo que al no existir soluciones mágicas, es preciso transmitir la necesidad de cambiar la orientación que está siguiendo la economía mundial.

INTRODUCCIÓN

Cuando celebramos la I Reunión de Economía Mundial en la Universidad de Huelva a finales del pasado mes de mayo de 1999, me correspondió, por ausencia del profesor Sampedro, pronunciar la conferencia de clausura, que sirve de base del presente artículo. Juntamente con los trabajos de otros colegas universitarios, este artículo está pensado como una colaboración más en este primer número de la Revista de Economía Mundial, cuya andadura comienza ahora gracias al esfuerzo y dedicación de los miembros del Departamento de Economía Historia de las Instituciones Económicas de la Universidad de Huelva y, muy particularmente, de su directora, la profesora De Paz, que ha aceptado asumir las tareas de dirección de la Revista.

He pensado que, en el momento que estamos finalizando un siglo, resulta apropiado analizar cuales son los grandes retos con que se enfrenta la economía mundial, desde una visión estructural y muy centrada en toda la pro-

blemática del desarrollo económico, que estimo debe ser el tema más relevante de nuestras preocupaciones. Con ello, no hago más que seguir el camino emprendido hace ya tiempo por nuestros principales maestros universitarios, cuando ya en nuestra etapa estudiantil (hace más de 40 años) nos invitaban a tener una conciencia social sobre lo que debería ser nuestra tarea como economistas, con una visión global e interdependiente de los fenómenos más subyacentes y permanentes de la realidad socioeconómica. Este enfoque, que durante mucho tiempo constituyó la línea heterodoxa del pensamiento económico, significa una aproximación crítica a los postulados e hipótesis más arraigados y aceptados por la Ciencia Económica. Es, en cierto sentido, una manifestación más, desde el punto de vista teórico, de las consecuencias de la consolidación y expansión que impregna el sistema dominante de la economía mundial.

I. VISIÓN ESTRUCTURAL

Esa aproximación parte de una visión estructural de los fenómenos económicos. Una estructura económica en un momento determinado no es más que el resultado de su evolución histórica, a la vez que la base de su proyección futura. Esto no significa que el futuro de las estructuras esté determinado exclusivamente por las relaciones del presente, pues una de las características del mundo actual es el dinamismo y cambio de esas relaciones.

Por ello, todos los que nos dedicamos a las ciencias sociales debemos tener, en feliz expresión del profesor Sampedro, una "imaginación científica", no tanto para adivinar el futuro como para percibir en toda su dimensión lo que está sucediendo ante nuestros ojos. Son múltiples los ejemplos de nuestra vida cotidiana que reflejan claramente ese continuo y progresivo cambio de la estructura económica. Me viene a la memoria, como experiencia personal, lo que significan las nuevas herramientas y medios con que contamos los economistas y otros científicos sociales para analizar cualquier tema objeto de análisis. La revolución informática, a vía de ejemplo, que se viene produciendo desde hace relativamente pocos lustros enriquece nuestra capacidad de entender la interdependencia y el carácter universal de los fenómenos económicos y sociales.

Muchas veces, los economistas en general y los analistas de la economía mundial en particular nos quedamos anticuados en nuestra interpretación de la realidad, así como en las propuestas que formulamos para cambiar o influir en esa realidad. Los esquemas y supuestos de que partimos en nuestro análisis responden a situaciones del pasado, pero sin validez ante la nueva situación y los nuevos factores que determinan las perspectivas del futuro. Nuestros diagnósticos se reducen muchas veces a puras especulaciones teóricas, validas en otras situaciones estructurales, pero incompletas ante la nueva estructura. En consecuencia, las medidas de política económica que se aplican

son incoherentes o parciales para afrontar los grandes problemas de cada realidad en el momento presente.

Este dilema responde en el fondo a la misma problemática de la polémica sobre la metodología de la Ciencia Económica, que tan bien han puesto de manifiesto varias escuelas del pensamiento económico en el pasado, v.g. la escuela histórica alemana, el marxismo, el institucionalismo americano, el neoliberalismo y el estructuralismo en la Ciencia Económica. Para nuestra disciplina, la Estructura Económica, esas corrientes son fundamentales, sin que ello deba significar una marginación de las corrientes más tradicionales del pensamiento económico. La crítica metodológica de aquellas corrientes se centra en la consideración de que sí bien nuestra Ciencia ha tenido importantes progresos en todos los procesos de deducción lógica, con grandes avances por la aplicación de las matemáticas y de la informática a los fenómenos sociales –y, por ello, la economía cuantitativa es la que ha experimentado un mayor auge– sin embargo, cualquier interpretación parte de unas definiciones y unas hipótesis (sobre las que se fundamentan los procesos de deducción lógica), y son precisamente éstas las que no han sido ni son contrastadas. Este aspecto es precisamente lo que diferencia a las Ciencias sociales de las Ciencias físicas y no hay que olvidar que la Economía es una Ciencia social. Por ello, el método del análisis estructural abarca no solo los fenómenos y relaciones que son cuantificables, sino también aquellos que, por sus características, no lo son, por lo menos hasta el presente. Pero todos somos conscientes del papel que juegan las relaciones no cuantificables en la evolución y transformación de la realidad económica.

Las relaciones, cuantificables y no cuantificables, que debe abarcar el método y el análisis estructural son las más permanentes, lo que no significa que dichas relaciones sean inamovibles, pues eso sería tanto como negar el dinamismo que caracteriza a toda estructura no tradicional. Desde hace ya unos años, este tema ha ido perdiendo la virulencia de la polémica planteada en los decenios de los sesenta y de los setenta, cuando el estructuralismo se puso de moda como corriente más preponderante, frente al existencialismo. Las aportaciones de F. De Saussure, Chowsky, Althusser, Godelier, Lacan, Levy-Strauss, Foucault y Piaget, entre otros, dieron un nuevo enfoque en distintos campos del conocimiento, tales como en la lingüística, el marxismo, la filosofía, la antropología y las ciencias sociales.

Las relaciones más permanentes son las que están subyacentes en cualquier fenómeno más perceptible y son las que explican las tendencias a medio y largo plazo de cualquier estructura objeto de estudio. Como afirmaba un compañero de la especialidad, en tono jocoso, “la estructura es lo que dura, lo demás es coyuntura”. Pudiera parecer una paradoja hablar del aspecto diacrónico de la estructura cuando nuestra especialidad tiene como una de sus características básicas la permanencia. Pero no debe entenderse como tal lo estático e inamovible, pues la estructura de un momento dado tiene en su seno los factores que dan lugar a la aparición de una nueva estructura. Por

ello, el factor temporal juega un papel fundamental en el análisis estructural, pues la realidad económica del presente es diferente a la del pasado, y lo es porque las relaciones entre los seres humanos, cómo nos organizamos, cuáles son los criterios y las motivaciones de nuestro que hacer humano y los objetivos socioeconómicos de las distintas colectivos, determinan cada estructura. Y esos factores son cambiantes por la propia naturaleza de los seres humanos en sus objetivos de alcanzar un mayor bienestar socioeconómico. En consecuencia, también lo es la estructura.

II. EL PROCESO DE DESARROLLO

Por todo ello, la situación presente o estructura económica mundial no es más que el resultado del proceso histórico, a la vez que la base de la proyección futura. Esto significa que el tema más importante de nuestra Ciencia, el desarrollo, no es algo nuevo y reciente, sino que las desigualdades, injusticias y relaciones no equitativas de la economía mundial no son fruto de la época actual, sino el resultado de todo el proceso del vigente sistema, con la particularidad de que el fenómeno desarrollo/subdesarrollo se ha intensificado en los tiempos más recientes.

Cuando yo era alumno en la Facultad, recuerdo que el profesor Sampedro destacaba que cualquier persona que se dedicara a las ciencias sociales debía tener como meta o norte la montaña del hambre y de la pobreza, es decir, el subdesarrollo que ya entonces caracterizaba a la mayor parte de la población mundial. Frente a la filosofía económica más preponderante en las aulas universitarias y en los círculos económicos más decisivos, se levantaba una voz discrepante, que clamaba ante las consecuencias que tendría para la evolución futura de la raza humana la aplicación de los principios y criterios de la Ciencia Económica ortodoxa. La evolución de la economía mundial en los últimos decenios no es mas que una confirmación de aquella denuncia.

Cuando estamos a punto de cambiar de siglo y ante el agravamiento de las disparidades del proceso de desarrollo a escala mundial, cabe plantearse dos grandes interrogantes: ¿puede la raza humana estar orgullosa de la situación presente y de las perspectivas que se vislumbran para el próximo siglo? y ¿es adecuada y correcta la orientación seguida y los principios aplicados por la Ciencia Económica más vigente?.

La respuesta a la primera pregunta depende de la posición estructural que ocupe cada uno de nosotros y a sus principios y criterios en la vida. Para algunos, la respuesta a aquella cuestión es positiva, pues se parte de la evidencia de que el siglo que está acabando se caracteriza por los grandes avances científicos y tecnológicos, que han permitido un fuerte desarrollo económico y social de amplios colectivos y áreas del mundo. Desde este punto de vista, es innegable que los seres humanos podemos estar orgullosos y satisfechos de los niveles alcanzados en el bienestar en relación con el de otras épocas pasa-

das de nuestra historia. Más aún, es también evidente que el progreso registrado permite contemplar, al menos teóricamente, que nuestro planeta, a pesar de contar con recursos limitados, tiene capacidad para generar una producción suficiente para el sustento de toda la población actual, poco más de 6.000 millones de habitantes e, incluso, para una cifra muy superior a los 10.000 millones de seres humanos.

Pero esta visión optimista choca con la realidad, pues el análisis objetivo de la situación presente de los hechos y datos existentes, pone de manifiesto que el mundo actual no sólo se caracteriza por los citados avances científicos y tecnológicos, sino también por las desigualdades, injusticias y explotación de una parte de la raza humana, minoritaria, sobre la mayor parte de la población mundial. En otros términos y volviendo a la primera pregunta que nos planteamos, la raza humana no puede sentirse tan satisfecha del panorama actual y de las perspectivas que se nos presentan.

Debería, en mi opinión, estar preocupada del rumbo que está siguiendo la economía mundial, sobre todo si las perspectivas hay que contemplarlas sobre la base del mantenimiento de los mismos criterios y principios vigentes. Esa preocupación conlleva una llamada de atención a la responsabilidad que cada uno de nosotros, como miembros de la colectividad humana, debe tener sobre cuál es la herencia que vamos a dejar a las generaciones futuras. Nuestra obligación ética es no despilfarrar ni aprovechar en nuestro exclusivo interés los limitados recursos que tenemos. En esto consiste el avance del progreso humano y la solidaridad bien entendida no sólo debe ser con nuestros semejantes, sino también con las generaciones futuras. Hay, como mínimo, dudas razonables de que no se produzca en el futuro no muy lejano, una ruptura del progreso histórico.

Ante esta realidad, podemos ahora hacer algunas consideraciones sobre la segunda interrogante planteada: ¿es adecuada la orientación seguida y los principios más preponderantes de la Ciencia Económica? Desde la perspectiva crítica al pensamiento ortodoxo, estimamos que es necesario introducir otros criterios, alguno, como la ética, que estaban presentes en el origen de nuestra Ciencia pero que se fueron marginando paulatinamente, y otros, como la solidaridad a escala mundial, pues es muy difícil que el proceso de desarrollo/subdesarrollo pueda continuar indefinidamente.

En unas publicaciones tan poco sospechosas y que sirven de base para tantas decisiones como son el Atlas y el World Economic Indicators del Banco Mundial se pone de manifiesto, a través de distintos indicadores, la brutalidad de las diferencias del bienestar económico a escala mundial. En las últimas publicadas del año 1998, se recogen indicadores de 157 países y el "gap" entre el país con mayor PNB por habitante –Luxemburgo– y el de más bajo nivel económico –Mozambique– es de 567 veces. Si se utiliza el indicador "paridad del poder de adquisición" (que subsana la infravaloración de los precios, principalmente en el sector servicios de los países subdesarrollados), las diferencias siguen siendo abismales, de más de 70 veces.

Estos datos no reflejan el problema del subdesarrollo en toda su intensidad, pues son medias del conjunto de la población de cada país. Las disparidades se han intensificado en los últimos decenios y como destaca el último Informe del Desarrollo Humano del PNUD:

"Las desigualdades que persisten entre pobres y ricos, mujeres y hombres, habitantes rurales y urbanos, y diferentes grupos étnicos rara vez son aislados, sino que están interrelacionados y coinciden.

En 1960, el 20% de la población mundial que vivía en los países más ricos tenía 30 veces el ingreso del 20% más pobre y en 1995 tenía 82 veces ese ingreso"

III. GLOBALIZACIÓN Y SUBDESARROLLO

Todos los Institutos de Investigación y Centros de Análisis Económicos coinciden en sus proyecciones sobre la evolución futura de la económica mundial. En la mayoría de los casos toman como referencia el año 2010 y en algún caso el año 2025 y proyectan las perspectivas de la economía mundial por grandes áreas económicas, concretamente: Estados Unidos y Canadá, Unión Europea, Europa del Este en transición, Mediterráneo Sur, Iberoamérica, África (excluida el área del Mediterráneo Sur), Asia Sur, Sudeste Asiático, Asia Oriental, Asia Occidental y Oceanía. En líneas generales, se considera que el proceso de los últimos decenios va a continuar en el futuro y que la concentración de la riqueza, de la renta y del bienestar va a continuar ubicándose en las tres grandes áreas desarrolladas del mundo, es decir, lo que se conoce como la *triada* (América del Norte, U.E. y Asia Oriental). Para el resto del mundo, salvo alguna excepción, las perspectivas, según esos análisis, es que el subdesarrollo que les caracteriza actualmente va a continuar siendo su mayor problema y reto para el próximo futuro. El área en una situación y con una perspectiva más dramática es África, fundamentalmente la Subsahariana, que prácticamente no existe para los grandes centros de decisión financiera, pues "no tiene presente ni futuro".

La causa del proceso de desarrollo de los últimos decenios y de las perspectivas de los próximos ha venido y viene determinado fundamentalmente por dos factores básicos: la tecnología y el sistema vigente. Los grandes cambios tecnológicos a lo largo del presente siglo, entendiendo la técnica, en la concepción de Ortega, como la imposición del hombre sobre la naturaleza, ha ido dejando "pequeñas" las unidades tradicionales. Tanto desde el punto de vista de la oferta como de la demanda, la nueva tecnología requiere unidades de producción y de mercado más amplias que la mayoría de las naciones formadas en los últimos siglos y que las comunidades locales.

Hace ya más de 30 años, el profesor Sampedro y yo dirigimos unas investigaciones en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, fruto de las cuales fueron "Perfiles económicos de las regiones españolas" y La asociación de

España en la Comunidad Económica Europea, en las que poníamos de manifiesto que ante el progreso de la tecnología las unidades tradicionales de la nación y la provincia habían empezado a entrar en crisis y que la tendencia era su sustitución por la supranacionalidad y la región económica (lo que desde un punto de vista político, son las comunidades autónomas en España).

Pero las tendencias de los últimos decenios de la economía mundial no sólo vienen determinadas por los progresos científicos y tecnológicos sino por la consolidación y expansión del sistema vigente, el capitalismo. Éste requiere para su propia subsistencia una continua ampliación del mercado, de manera tal que la imposición y aplicación de sus principios empuja a la eliminación de cualquier freno o muralla que impida la implantación de un mercado global y único. Es el fenómeno de la *globalización*, o lo que para algunos autores se denomina mundialización, término utilizado para caracterizar la economía mundial en la actualidad. La idea original es que vivimos en una aldea global, en la que las fronteras tradicionales han ido perdiendo el papel que jugaban en el pasado.

La globalización, si se tienen en cuenta sus causas y relaciones subyacentes y más permanentes, provoca tres efectos: a) Aparición de nuevas contradicciones; b) Regionalización y c) Intensificación del subdesarrollo.

En cuanto al primer efecto –*nuevas contradicciones*–, la expansión del capitalismo da lugar a la explotación no siempre controlada de los recursos naturales y un deterioro evidente del medio ambiente, pues lo importante para el sistema es producir –y consumir– más al menor coste posible, sin tener en cuenta que los recursos que se utilizan no son ilimitados. Aparecen así problemas globales, como la contaminación, explotación incontrolada de recursos y riquezas del mar, vegetales y minerales, destrucciones por guerra, que son fenómenos que aunque localizados territorialmente afectan prácticamente, en mayor o menor medida, a todas las áreas del mundo. Sin embargo, la capacidad de afrontarlos y resolverlos es limitada y parcial, pues su solución radica en la soberanía de las naciones, ya que no hay ningún ente u organismo con capacidad de decisión de ámbito mundial. Hay, pues, una contradicción y reto para la economía mundial: problemas globales o universales y soluciones y decisiones nacionales, sin que hasta ahora se haya logrado una solución eficaz en los acuerdos y conferencias internacionales para afrontar conjuntamente los problemas que nos afectan a todos.

Pero a la vez que la economía mundial se va globalizando, existe una tendencia hacia la *regionalización* en un doble sentido: agrupación de las naciones en bloques o áreas y, dentro de las naciones, agrupación de las unidades locales en entes superiores, sean regiones económicas o comunidades autónomas. Según las previsiones de The Economist, en muchas áreas del mundo el fenómeno de la regionalización va a incrementarse en los próximos años, fenómeno que se está expandiendo con carácter universal. Esta tendencia hacia la regionalización, en principio contradictoria con el proceso de globalización, es también consecuencia de las dos mismas fuerzas señaladas (innova-

ción científica y tecnológica y expansión del capitalismo), a las que hay que añadir una tercera: defensa de las posiciones alcanzadas en el bienestar socioeconómico.

Así, al mismo tiempo que la globalización ha ido avanzando, se han ido formando bloques o áreas más o menos organizadas, respondiendo a diversas motivaciones: desde las culturales y religiosas hasta las políticas y económicas. En algunos casos, los fracasos han sido importantes, pero en otros el éxito integrador es notorio, como es el caso de la Unión Europea, que, precisamente por los logros alcanzados, es el modelo para otras áreas del mundo.

El tercer efecto de la globalización es la *intensificación del subdesarrollo*. Al basarse aquel proceso en la filosofía del sistema capitalista, es preciso tener en cuenta sus principios y criterios, ya muy conocidos y cada vez más aceptados por amplias capas de la población de los países desarrollados. La economía de mercado, la competitividad, el respeto de las libertades y de los derechos humanos, el lucro como motor del crecimiento y de la actividad económica, son algunos de esos criterios y como los resultados, en cuanto al bienestar económico, han sido positivos en los países más avanzados se comprende aquella aceptación cada vez más generalizada.

Pero no hay que olvidar que la aplicación de esos criterios de actuación en toda la actividad humana provoca una polarización y concentración de la riqueza y de la renta. Al aplicarse en un mundo asimétrico, en el sentido de que las distintas partes no están en igualdad de condiciones, se intensifica el proceso simultáneo del desarrollo/subdesarrollo. La globalización, tal como ha quedado patente en los últimos decenios, ha ahondado y acelerado el "gap" o diferencia entre países y áreas desarrolladas y subdesarrolladas, con la particularidad de que cualquier crisis afecta, en mayor o menor medida, a todas las áreas del mundo.

Desde el punto de vista sectorial, el proceso de globalización no es ni lineal ni uniforme sino que se manifiesta con mayor intensidad en las telecomunicaciones, el comercio y, sobre todo, en el mundo financiero. El proceso de globalización financiera propiamente dicha tiene su origen hace ya más de 35 años y, según algunos expertos, tardará otros 15/20 años en culminar. Es la visión optimista, es decir, la de aquéllos que consideran solo las bondades de alcanzar un mercado único, competitivo y global que va a beneficiar a todos.

IV. CRISIS FINANCIERA: LA PROBLEMÁTICA DE LA DEUDA EXTERNA

Pero la experiencia de los dos últimos decenios no confirma esa visión optimista, sino que, por el contrario, la globalización financiera ha dado como resultado la aparición de crisis financieras. Concretamente en los últimos 18 años se pueden destacar dos de grandes dimensiones: la iberoamericana, de

principios de los 80, y la asiática de los últimos años. Se conocen así por ser en estos dos continentes donde se originaron las primeras perturbaciones, pero tanto una como otra, sobre todo la actual, tienen una dimensión mundial y ningún país ha podido evitar sufrir alguna consecuencia. Es también el resultado de la globalización.

A principios de los 80, la deuda externa fue un tema estrella, para ir perdiendo fuerza en los últimos años del pasado decenio y en la primera mitad del presente, volviendo a recobrar, desde hace relativamente poco tiempo, el protagonismo de antaño.

Aunque en ningún momento de los tres últimos lustros, la deuda externa dejó de constituir un tema acuciante para los deudores, sin embargo durante una serie de años pasó a un segundo orden en el plano informativo y de las preocupaciones de las sociedades desarrolladas y acreedoras, como si el problema se hubiera ya resuelto. He podido constatar en mi vida académica y profesional como después de haber estado ocupando un lugar destacado en las inquietudes de las sociedades civiles occidentales y de los alumnos universitarios de ciencias sociales, el tema se fue marginando paulatinamente. Ahora parece –yo diría afortunadamente– que vuelve a estar de actualidad, sobre todo por la feliz iniciativa de una serie de ONGs y de algunos políticos destacados, y muy particularmente, porque la problemática se ha vuelto a plantear con toda intensidad en los últimos años, por la citada crisis asiática, aunque con lógicas características diferenciales respecto a la crisis de los 80.

En efecto, ambas crisis responden a hechos diferenciales y aunque la actual –que no se puede afirmar que se haya superado completamente– ha sido y es posiblemente más profunda, sin embargo los mecanismos para hacerle frente son más completos, pues la propia experiencia de la anterior ha tenido que servir para no repetir los errores del pasado. A pesar de ello, ambas crisis responden en el fondo a la misma problemática, si bien la actual es más amplia, como consecuencia del avance del proceso de globalización.

¿Qué experiencias pueden obtenerse de estos dos últimos decenios del siglo que ahora finaliza?

1. Que la deuda externa se ha ido agravando a lo largo de los años, tanto en términos absolutos como relativos, tal como se refleja en los datos estadísticos de la OCDE, Banco Mundial, F.M.I. y plasmados en el libro de J. Atienza "Deuda externa y pueblos del Sur", publicado por Manos Unidas. En este primer número de la Revista de Economía Mundial, aparece un trabajo del Sr. Atienza sobre este tema básico.
2. Que el agravamiento de la deuda externa es uno de los factores básicos del subdesarrollo económico y social de la mayor parte de la población mundial. Aunque el problema afecta prácticamente a todas las áreas subdesarrolladas del mundo, es particularmente grave en el continente africano, el más pobre del mundo, con fuertes carencias en el desarrollo humano y social.

3. Que las soluciones, propuestas y políticas aplicadas con relación al tema de la deuda no han servido para resolver el problema.
4. Que continuar con la misma línea de acción que la que se ha venido aplicando hasta ahora va a significar un agravamiento del problema y que las diferencias socioeconómicas entre pobres y ricos, ya escandalosas en los momentos actuales, continuarán intensificándose en el futuro.
5. Que el subdesarrollo tiene un límite, a partir del cual no parece razonable, ni desde el punto de vista racional ni desde el punto de vista ético y de solidaridad, poder mantener permanentemente una situación de creciente deterioro.
6. Que en la actualidad, el subdesarrollo más profundo, es decir con niveles de vida en el umbral o por debajo de la pobreza afecta a unos 1.000 millones de seres humanos, un 16% de la población mundial, siendo los colectivos de mujeres y niños lo más numerosos, en términos relativos.

V. PERSPECTIVAS ANTE LOS GRANDES RETOS

He intentado exponer mi visión personal de cuáles son los grandes retos de la economía mundial en el próximo siglo. No se trata de proponer soluciones mágicas, pues la propia dimensión del problema desborda la capacidad de cada uno de nosotros, individualmente y como colectivo.

Ahora bien, explicitar las razones y causas subyacentes que explican la evolución de la economía mundial en los últimos decenios y las perspectivas que se vislumbran para los próximos es reiterar la denuncia que ya se apuntaba acertadamente hace varios decenios. Algunos pueden pensar que la crítica es destructiva, al no proponer soluciones o alternativas, pero la famosa distinción entre crítica constructiva y destructiva es una falacia, ya que lo que un científico social tiene que hacer es un análisis objetivo de la estructura económica mundial, que puede y debe ser crítico cuando sea necesario, pero sin adjetivos. No hay que olvidar que la mayor aportación científica de las escuelas de pensamiento que tanto han aportado al estructuralismo en la ciencia económica, fue la denuncia de las definiciones y supuestos o hipótesis en que se basan los procesos de deducción lógica de las escuelas más ortodoxas de la Ciencia Económica.

Teniendo en cuenta el colectivo básico a que va dirigida esta Revista de Economía Mundial, estimo que nuestra labor es investigar y profundizar en los grandes temas de la Economía Mundial y, basándonos en los resultados alcanzados, transmitir, a través de nuestra labor docente, nuestra visión de la realidad socioeconómica. La trascendencia de la labor que ejercemos es mucho mayor de la que nosotros creemos, pues estamos influyendo en la formación de nuestros alumnos en unos años claves. Los efectos no son inmedia-

tos, sino a mayor plazo, pues yo aún tengo gravado las enseñanzas que he recibido de mis antiguos profesores, por lo menos de aquellos que eran rigurosos, metódicos y científicos.

Siempre he considerado, basándome en mi experiencia personal, que el futuro de una sociedad viene muy determinada por el tipo de enseñanzas que se imparten en las aulas universitarias. Esto es lógico si se tiene en cuenta que los alumnos actuales van a ir ocupando, transcurrido cierto tiempo de unos 5/8 años, puestos claves en la sociedad y muchos de ellos van a aplicar en su vida diaria los criterios y principios que han adquirido en su formación universitaria.

No conozco a nadie que con el transcurso del tiempo no guarde un buen recuerdo de sus años universitarios, posiblemente porque el mundo laboral y profesional sea más duro y competitivo y también porque aquellos años son básicos en la formación de cualquier ser humano. Mi larga experiencia de 40 años como docente en distintos Distritos Universitarios, además de la profesional vinculada a temas económicos –fundamentalmente financieros– me permiten tener cierta autoridad moral de cual es nuestra labor.

Porque, en definitiva, como pone de manifiesto en la última página de la obra que más ha influido en la Ciencia Económica en el presente siglo, su autor, J.M. Keynes:

"las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto" (Teoría General del Empleo, del Interés y de la Moneda).

Bien es cierto que todos pretendemos hacer algo más en la vida que dejar una influencia para la posteridad. Ello es posible y loable, pero yo ya me conformo que seamos capaces de defender científicamente nuestros análisis y criterios, aplicando un método y un análisis estructural al estudio de la economía mundial.